

oes; hallaba los aires más fríos, y creía hallarlos cada día más, por meterse así debajo del Norte, y también por ser las noches más grandes por la estrechura de la esfera. Parecieron muchas aves y mucha hierba, pero no tantos peces por ser el agua más fría; habló aquí á la carabela *Pinta*. Desde el lunes en la noche, y martes, que se contaron 22 de Enero, hasta 31 del dicho mes, que fué juéves, navegó al Nordeste, y lessueste, poco más al leste, y poco menos del Nordordeste, aunque algunas veces más al leste, y una al Sursudueste por la mudanza de los tiempos, navegó, digo, 1.050 millas, que montan 262 leguas; traía la mar siempre muy llana y los aires muy dulces, de lo cual daba el Almirante siempre muchas gracias á Dios. Vian muchas aves como rabos de juncos y pardelas, que duermen en la mar; hallaron á veces tanta hierba y tan espesa, que si no la hobieran visto antes, temieran ser bajos ó islas anegadas; mataron una tonina y un gran tiburón que les hizo gran provecho, porque ya no traían que comer sino pan y vino, y ajas que habían llevado desta isla. La carabela *Pinta*, donde venia Martin Alonso, no andaba bien á la bolina, porque se ayudaba poco de la vela trasera, que se llama mesana, por no ser bueno el mastel, y por esta causa esperábala muchas veces el Almirante, y así no hacían tanto camino; por lo cual, dice aquí el Almirante, que si Martin Alonso tuviera tanto cuidado de proveerse de un buen mastel en estas Indias, donde tantos y tales había, como fué curioso para se apartar del pensando de hinchar el navío de oro, él le pusiera bueno. Algunas veces, que hacia calma y la mar estaba muy llana y sosegada, saltaban los indios en el agua y nadaban y se holgaban.

Viernes, 1.º día de Febrero, con la noche pasada del juéves, anduvo 45 leguas y un cuarto, y dice, la mar muy llana, á Dios gracias. La noche del viernes con el día del sábado navegó al lesnordeste 29 leguas y cuarta, la mar muy llana, y los aires muy dulces, gracias á Dios, dice él. Esta noche, yendo á popa, con la mar muy llana, á Dios gracias, dice él, andaría 29 leguas. Parecióle la estrella del Norte muy alta como en el cabo de Sant Vicente, no pudo tomar el altura con el astrolabio ó cuadrante, porque la ola no le dió lugar. El día del domingo, 3 de Febrero, navegó al lesnordeste, que era su camino, y andaría 10 millas por hora, y en once horas pa-

só adelante 27 leguas. Domingo, en la noche, fué al leste, cuarta del Nordeste, 12 millas por hora y parte 10, y así corrió en aquella noche 32 leguas y media; tuvo el cielo muy turbado y lluvioso y hizo algun frío, de donde conoció no haber llegado á las islas de los Azores. Despues del sol levantado, lunes, mudó el camino yendo al leste; anduvo en todo el día 77 millas, que fueron 19 leguas y cuarta. Mártes, con la noche precedente, anduvo 42 leguas; vido pardelas y unos palillos, señal que no estaban lejos de tierra. Mártes, en la noche, yendo al leste, anduvo 11 millas por hora, y el día del miércoles anduvo 14 millas por hora, y así, entre noche y día, navegó 74 leguas, pocas más ó menos. Vicente Yañez halló que le quedaba la isla de Flores, que es una de los Azores, al Norte; el piloto Roldan decía que á él le quedaban la isla del Fayal, ó la de Sant Gregorio, al Nordeste, y el Puerto Sancto al leste; pareció mucha hierba. Esta noche, con el día del juéves, anduvo 54 leguas y media. Hallábase el Almirante al Sur de la isla de Flores, 75 leguas; vieron los marineros hierba de otra manera de la pasada, de la que hay mucha en las islas de los Azores; despues se vido de la pasada de las Indias. Esta noche y el día del viernes anduvo 25 leguas, y el sábado, con la noche antes, 16 leguas al Sursueste y algo al leste, porque andaban variando y blandiendo los vientos.

#### CAPITULO LXIX.

Hallábase los pilotos 150 leguas delanteros que el Almirante, pero el Almirante andaba más cierto. —Comenzó á tener malos tiempos y tormentas terribles, donde muchas veces pensó perecer. —Desapareció la *Pinta*, donde iba Pinzon. —Vido señales de mayor tormenta.

Despues del sol puesto, navegó al leste toda la noche 130 millas, que son 32 leguas y media, y, el sol salido, domingo, 10 de Febrero, hasta la noche, anduvo 9 millas por hora; y así anduvo en once horas 99 millas, que son 24 leguas y media y una cuarta.

En la carabela del Almirante cartaban ó echaban punto, (que es mirar por la carta de marear los rumbos y caminos de la mar, y tener cuenta de las leguas que se andaban), Vicente Yañez, y Sancho Ruiz, y Peralonso Niño, pilotos, y Roldan, que despues vivió muchos años en la ciudad de Sancto Domingo, desta isla Española, sien-

do vecino della y rico, que llamábamos el piloto Roldan, el cual tuvo muchos pares de casas en las cuatro calles de la dicha ciudad, que edificó él ó hizo edificar á los principios que la ciudad se pasó de la otra banda del Oriente, donde solia estar, á la del Poniente, donde agora está, como, placiendo á Dios, se dirá. Todos estos pilotos, y que echaban puntos, se hallaban mucho adelante de las islas de los Azores, al leste, por sus cartas, porque echaban más leguas de las que las carabelas andaban, por manera que, navegando al Norte, ninguno tomara la isla de Sancta María, que es la postrera de los Azores, ántes fueran cinco leguas apartados dellas, y á parar en la comarca de la isla de la Madera ó de la del Puerto Sancto; pero el Almirante se hallaba mucho más atrás dellos, desviado de su camino, como quien mejor sabia tasar las leguas que andaban, por su gran juicio, y memoria, y experiencia de navegacion, así que iban delanteros 150 leguas. Dice, que mediante la gracia de Dios, despues vean la tierra se sabrá quién andaba más cierto. Dice aquí más, que primero anduvo, cuando vino á descubrir, 263 leguas, pasada la isla del Hierro, que viese la primera hierba.

Anduvo esta noche 39 leguas, y en todo el día, lunes, 11 de Febrero, 16 leguas y media, que fueron 55 leguas y media entre día y noche; vido muchas aves, de donde creyó estar cerca de la tierra. Anduvo esta noche 18 leguas, y martes, que se contaron 12 de Febrero, comenzó á levantarse la mar muy brava, y así á padecer grande tormenta, y de tal manera, que si la carabela no fuera, en que iba, muy buena y bien aderezada, temiera perderse. Aquí comenzó Dios Nuestro Señor, por sus ocultos juicios á mezclar agua de grandes temores, angustias, tristezas y grandes adversidades, poniendo cada hora muchas veces al Almirante en el vino de su grande placer y alegría, con que le había mucho é inestimablemente, y frecuentes veces alegrado y consolado con el descubrimiento, en especial, desta grande isla. Esto parecerá harto claro en este y en los siguientes capítulos. Corrió hoy, martes, 12 leguas con intolerable trabajo y peligro; toda esta noche, hasta miércoles de día, tornó mucha tormenta de viento y mar muy alta, relampagueó tres veces hácia el Nornordeste, dijo ser señal de gran tempestad, que había de venir de aquella parte ó de su contraria; anduvo á árbol seco lo más de la noche, despues dió una poca de vela, y an-

daria 13 leguas. Blandeó un poco el viento, pero tornó desde á poco arreciar y ponerse la mar espantosa y terrible; cruzaban las olas que atormentaban los navíos, y esto es venir una ola de una parte y otra de otra donde tomaban las naos en medio, y es cosa peligrosísima; anduvo otras 13 leguas y media.

Miércoles, en la noche, creció el viento, y las olas eran espantables, contrariá una de otra, que cruzaban, como está dicho, que embarazaban el navío que no podía salir de entremedias dellas; llevaba el papahigo (que es la vela de en medio, sin añadidura de boneta), muy bajo, para que solamente sacase el navío de entre las grandes ondas; corría así tres horas; dejaría atrás 20 millas, que son 5 leguas. Crecía mucho más la mar y el viento, y viendo el peligro grande que tenía, comenzó á correr á popa, donde el viento le quisiese llevar, porque no había otro remedio, entonces comenzó á correr también la carabela *Pinta* de Martin Alonso, y desapareció, temiendo el Almirante si se había perdido; puesto que toda la noche hacia el Almirante hacer farol, que es mostrar lumbre como una hacha, y la *Pinta* con otro farol respondía, hasta que no debia de poder más por la fuerza de la tormenta. Corrió el Almirante esta noche, al Nordeste, cuarta del leste, 13 leguas.

Salido el sol, juéves, 14 de Febrero, fué mayor el viento y la mar cruzante, cada hora temian hundirse, y no era chico desconsuelo haberse desaparecido la *Pinta*, porque cuando van en compañía algunos navíos llevan algun más remedio, si se pierde ó abre alguno en el otro suele salvarse la gente; anduvo desta manera siete leguas y media. Viéndose en tan gran peligro, ordenó que se echase un romero que fuese en romería á Nuestra Señora de Guadalupe, y llevase un cirio de cinco libras de cera, y que hiciesen todos voto, que, al que cayese la suerte, cumpliese la romería; esta es una obra y diligencia que los marineros hacen cada día, viéndose en necesidad de tormenta, por la cual, Nuestro Señor los libra de la muerte muchas veces, pero más lo hace porque se humillan, y temiendo la muerte, de sus pecados se arrepienten, y proponen la enmienda de su vida. Así que mandó el Almirante traer tantos garbanzos, cuantas personas en el navío venian, y señalar uno con un cuchillo, haciendo una cruz, y meterlos en un bonete bien revueltos; el primero que me-



tió la mano fué el Almirante, y sacó el garbazo señalado con la cruz, y así cayó la suerte sobre él, y desde luego se tuvo por obligado á cumplir el romeraje. Acordó que otra vez se tornase á echar la suerte para enviar romero á Sancta María de Loreto, que está en la comarca de Antona, que es casa devotísima de Nuestra Señora Sancta María, y donde hace, según se cuenta, muchos y grandes milagros; esta vez cupo la suerte á un marinero del Puerto de Sancta María, tres leguas de San Lucas de Barrameda, y aquel se llamaba Pedro de Villa, al cual el Almirante prometió de darle dineros para las costas; y, porque la tormenta mas los afligia y amenazaba, ordenó que se echase otro romero, que velase una noche en Sancta Clara de Moguer, y hiciese decir una misa, porque tambien aquella es casa donde los marineros, del Condado especialmente, tienen devocion. Echaron los garbazos y uno señalado con una cruz, el cual sacó el Almirante, y así quedó por dos veces obligado á ir á cumplir las dichas romerías.

Después desto, fatigándolos más el miedo y angustia de la mar, el Almirante y toda la gente hicieron voto, de que si los llegase á tierra, en la primera salir todos en camisa y procesion, á hacer oración y darle gracias en una Iglesia que fuese de la invocacion ó nombre de Nuestra Señora, la Virgen María; y porque la tormenta crecia, y ninguno pensaba escapar, allende los votos comunes, cada uno hacia en especial su voto, según la devocion que Dios le infundia. Ayudaba al momento del peligro y temor, que venia el navio con falta de lastre, que es la piedra y peso que ponen abajo porque no se trastorne, y ande, como calabaza, liviano, y esta es una cosa para los que navegan muy peligrosa; causó esta liviandad, en parte, haberse aliviado la carga por ser ya comidos los bastimentos y bebida el agua y el vino, lo cual, por eudicia de gozar del próspero viento que entre las islas tuvieron, no proveyó el Almirante de mandar lastrar ó echar peso de piedra en las carabelas, como tenia propósito cuando estaba cerca ó en paraje de las islas de las mujeres, donde queria ir, como arriba se hizo mencion.

En este paso escribe el Almirante cosas, cierto, de compasion, por las angustias en que estaba; refiere las causas que le ponian temor de que allí, Nuestra Señora no quisiese que pereciese, y otras que le daban esperanza de que Dios lo había de

llevar y poner en salvo, para que tales nuevas, y tan dignas de admiracion como llevaba á los Reyes, no pereciesen en aquella mar. Parecíale quel deseo grande que tenia de llevar nuevas tan nuevas y tan grandes, y mostrar que había salido verdadero en lo que había dicho, y proferíndose á descubrir, le ponía miedo grandísimo de lo no conseguir, y que cada mosquito, decía, que le podía perturbar é impedir, atribuyéndolo esto á su poca fé y desfallecimiento de confianza de la Providencia divina; confortábale, por otra parte, las mercedes que Dios le había hecho en darle tanta victoria descubriendo lo que descubierto había, y cumpliéndole todos sus deseos, habiendo pasado en Castilla por sus despachos muchas y grandes adversidades, y que como antes hobiese puesto su fin, y enderezado su intencion y su negocio á Dios, Dios le había oído, y al cabo concedido todo lo que le había suplicado, debía creer que, por su bondad, le perfeccionaria los bienes y mercedes que le había comenzado; mayormente habiéndole librado á la ida, cuando tenía mayor razon de temer, de los trabajos que con los marineros y gente que llevaba, los cuales todos á una vez estaban determinados de se volver y alzarse contra él, haciéndole mil protestaciones, y el eterno Dios le dió esfuerzo y valor contra todos, y otras cosas de mucha maravilla que Dios había mostrado en él y por él en aquel viaje, allende aquellas que Sus Altezas sabian de las personas de su casa.

Todas estas son sus palabras, del Almirante, aunque algunas, con su estilo simple y humilde, que dan testimonio de su bondad; así que, acúsase á sí mismo de temer la tormenta, pues tantas razones tenía para confiar, pero la flaqueza y congoja, dice él, no me dejaban asegurar el ánima. Dice más, que tambien le daba gran pena dos hijos que tenía en Córdoba, al estudio, que quedaban huérfanos de padre y madre en tierra extraña, y los Reyes no sabian los servicios que los había hecho en aquel viaje, y las nuevas tan prósperas que les llevaba, para que se moviesen á los remediar. Por esto y porque supiesen Sus Altezas como Nuestro Señor le había dado victoria de todo lo que descaba descubrir de las Indias y supiesen que ninguna tormenta había en aquellas partes (lo cual dice que se puede cognoscer por la hierba y árboles que están nacidos y crecidos hasta dentro en la mar), y porque si se per-

diese con aquella tormenta, los Reyes hobiesen noticias de su viaje, usó de la siguiente industria. Tomó un pergamino y escribió en él todo cuanto pudo de lo que había hallado y descubierto, rogando mucho á quien lo hallase, que lo llevase á los Reyes de Castilla; este pergamino envolvió en un paño cerrado, atado muy bien, y mandó traer un gran barril de madera, y lo puso en él sin que alguna persona supiese lo que era, sino que pensaron todos que era alguna devocion, y así lo mandó echar en el mar; después con los aguaceros y turbionadas, se mudó el viento al guesete, y andaría á popa, solo con el trinquete, cinco horas con la mar muy brava; andaría este juéves en la noche, 18 leguas.

Cosa es de notar la diferencia del viaje que á la venida destas Indias hizo ser tan suave, que pensaron todos que nunca podía haber tormenta en aquesta mar, y algunos temian que no habían de tener vientos para tornar en Castilla; no lo dijo ni experimentó así el Almirante cuando en su cuarto viaje descubrió á Veragua, como, si Dios me diese vida, se dirá, porque de las más terribles tormentas que se cree haber en todas las mares del mundo, son las que por estas mares destas islas y tierra firme suele hacer, como parecerá, y experimentan cada día los que las navegan. Maravillosas, finalmente, son las cosas de Dios y la orden y la providencia que tiene en sus obras; cierto, si las tormentas que suele hacer por acá, aquel primer viaje hobieran y experimentaran aquellos tan impacientes marineros que consigo traía, ménos sufrirían la dilacion de aquel tan nuevo y luengo viaje como les hizo, y á la primera que les asomara, no hubiera duda, sino que luego volvieran las espaldas, y entónces tuviera mayor peligro el Almirante en su vida, si portara á detenerlos; pero proveyó Dios, como suele, las cosas que hacer determina, y trájoslos hasta descubrir y ver estas tierras, como si vinieran por un río.

#### CAPITULO LXX.

Llega el Almirante á la isla de Sancta María, una de las de los Azores.—De cómo es recibido por los habitantes. Viérnes, salido el sol, 15 de Febrero, vieron tierra por delante, á la parte del nordeste, y, como suele cada día acontecer

entre los marineros, que por maravilla en la cuenta de las leguas y en el cognoscer las tierras concuerdan, unos decian que era la isla de la Madera, otros, que era la roca de Sintra, en Portugal, junto á Lisboa; pero el Almirante, á quien Dios había puesto en este viaje por guía, se hallaba estar con las islas de los Azores, y creia ser aquella tierra una dellas, como fué verdad, puesto que los pilotos ya navegaban por la tierra de Castilla. Estarian cinco leguas de la tierra que vian; esta, en verdad, era la isla de Sancta María, que es una de las de los Azores. Andaba la mar siempre altísima, y el Almirante y todos con su angustia, dando muchos bordos, que son vueltas de una parte á otra, que no se hace sin grandes trabajos y peligros cuando la mar es tormentosa, y esto hacia por alcanzar alguna parte de la tierra, que ya se cognosca ser isla. Salido el sol, sábado, tomó la vuelta del Sur por llegarse á ella, porque, por la gran niebla y cerrazon, ya no la vian; luego se les descubrió por popa otra isla, de la cual estarian ocho leguas.

Anduvo todo este día trabajando de la misma manera, no pudiendo tomar tierra por el demasiado viento que les hacia; al decir de la Salve, que acostumbraban los marineros cada noche decir la por su devocion, luego, después de anohecido, vieron algunos lumbrer en la tierra, pero toda esta noche anduvieron barloventeando sobre la isla; en esta noche reposó algo el Almirante, porque desde el miércoles, ni había dormido ni podido dormir, y este es el mayor de los trabajos que tienen los buenos pilotos, y que llevan á su cargo regir los navios. Quedaba muy tollido de las piernas por estar siempre desabrigoado, al agua y al frio, ayudaba á esto, por el poco comer, la poca substancia que en los miembros tenía. Anduvo todo el domingo, y, á la noche, llegó á la isla, puesto que, por la gran escuridad, no pudo cognoscer qué isla fuese; andó rodeando para ver donde, para tomar agua y leña, surgiria, y al fin surgió con una ancla, que luego perdió, por la mar grande y las peñas que había, que le fué muy penoso sobre las muchas penas que tenía. Tornó á dar la vela y barloventear toda la noche, y después del sol salido, lunes, 18 de Febrero, surgió otra vez de la parte del Norte de la isla, y envió la barca á tierra y hobieron habla con la gente de la tierra, y allí supieron ser la isla de Sancta María, y enseñáronles el puerto donde había de poner la carabela. Dijo la gente de la



tierra, que se maravillaban cómo podían haber escapado, según la tormenta que debían de haber padecido, que jamás otra tan grande habían por allí sentido.

Dice aquí el Almirante, que aquellos de la isla mostraban grande alegría, y daban gracias á Dios por el descubrimiento del Almirante que había hecho destas Indias, pero, en la verdad, todo era fingido, como parecerá en el siguiente capítulo. Aquí se cognoscíó como el Almirante había venido y carteadó más cierto en la cuenta de su viaje que todos los que traía consigo, y esto era porque le velaba mejor que todos ellos, que es el punto principal que los pilotos han de mirar para dar buena cuenta de sí, conviene á saber, no dormir, como fué dicho; aunque fingió el Almirante haber andado más camino del que había andado, por desatinar á los pilotos y marineros que cartaban, y quedar él por más cierto de aquella navegacion y derrota, como quedaba, y con razon, porque ninguno trajo su camino cierto. En todas estas cosas, el Almirante daba continuo muchas gracias á Dios.

### CAPITULO LXXI.

Conducta reprehensible de Juan de Castañeda, Capitan de la isla.—Aprehende á traicion parte de la gente del Almirante.—Reclamacion de éste.

Aquí es de considerar, que como el Rey D. Juan de Portugal no tuvo en nada el descubrimiento y ofertas que el Almirante al principio le ofreció, y pasaron las cosas que arriba en los capítulos 28 y 29 se dijeron, y vido que al fin los Reyes de Castilla lo admitieron y despacharon, dando todo favor y navios y lo demás que para hacer el viaje convino, y estaba el dicho Rey D. Juan ya informado y avisado del camino ó derrotas que el Almirante había de hacer, por la relacion que él mismo, cuando esto trató con él, le hizo, y considerando que á la vuelta podía y había de venir forzosamente, ó por la Guinea, ó por las islas de cabo Verde, ó por la de la Madera, ó por alguna de las de aquellas islas de los Azores, parece que debía de haber mandado en todas las partes y lugares que él por este mar Océano tenía, que cada y cuando por alguno dellos el Almirante volviese, lo prendiesen y se lo enviasen preso á Portugal, ó como cosa semejante, porque, según parece, no osaran

hacer lo que hicieron los de aquella isla, si el Rey no se lo hobiera así mandado, teniendo el Rey y reino de Portugal paces asentadas con Castilla. Así que, este lunes, después del sol puesto, vinieron á la costa ó playa de la mar tres hombres, y capearon ó llamaron á la carabela como que querían haber habla con ellos; el Almirante mandó ir la barca en tierra y recibirlos en ella, los cuales trajeron un presente de refresco, especialmente gallinas y pan fresco, que enviaba el Capitan de la isla al Almirante, que se llamaba Juan de Castañeda, encomendándose mucho y diciendo que le cognoscía muy bien, y que por ser de noche no venía á verlo, pero que en amaneciendo le venía á visitar con más refresco, y traería tres hombres que de la barca la primera vez habían quedado, porque, por el gran placer de oírles contar las cosas de su viaje, no los había enviado. El Almirante hizo mucha honra á los tres mensajeros, y mandóles dar camas aquella noche en la carabela, porque era tarde y estaba lejos la poblacion; y porque el juéves pasado, cuando se vido en la angustia de la gran tormenta, hicieron el voto y votos de susodichos, entre los cuales fué el voto de que, en la primera tierra donde hobiese casa de Nuestra Señora saliesen en camisa, etc., acordó el Almirante que la mitad de la gente de la carabela fuese á cumplirlo á una casita que estaba junto con la mar, como ermita, porque, después de aquellos vultos, saliese él, con la otra mitad de la gente, á hacer lo mismo.

Luego, martes, de mañana, 19 de Febrero, y día de Carnestolendas, viendo el Almirante ser tierra segura, confiando en las ofertas del Capitan y en la paz que había entre Portugal y Castilla, envió la mitad de la gente á tierra, y rogó á los tres portugueses que fuesen á la poblacion y les trujesen un clérigo para que les dijese misa, los cuales salidos, iban todos en camisa en cumplimiento de su romería; y estando en la ermita en su oracion, saltó con ellos todo el pueblo, dellos á caballo y dellos á pié, con el dicho su Capitan, y á todos los prendieron. Después, estando el Almirante sin sospecha esperando la barca para salir él en tierra, para cumplir su promesa, con la otra parte de la gente, hasta las once horas del día, viendo que no venían comenzó á sospechar, ó que los detenían, ó que la barca era quebrada, ó perdida, porque toda la isla es cercada de altas peñas; esto no podía ver el Almirante, porque la

ermita estaba detrás de una punta ó cerro que entra dentro en la mar, y encubre los navios, ó la ermita dellos. Mandó levantar el ancla y dió la vela hasta en derecho de la ermita, y vido muchos de caballo, que se apearon y entraron en la barca con armas, y vinieron á la carabela para prender al Almirante; levantóse el Capitan de los portugueses en la barca, y pidió seguro al Almirante, dijo el Almirante que se lo daba, pero ¿qué innovacion era aquella que no via ninguno de su gente en la barca? y añadió el Almirante, que subiese y entrase en la carabela, porque él haría todo lo que quisiese.

Pretendía el Almirante con buenas palabras atraerlo á que entrase en la carabela por prenderlo, para recuperar su gente, no creyendo que violaba la fe dándole seguro, pues, habiéndole él ofrecido paz y seguridad, lo había quebrantado. El Capitan portugués, como había hecho la maldad y venia con mal propósito y peor intencion, no osó poner su persona en aquel peligro. Desde que vido el Almirante que no se llegaba á la carabela, rogóle que le dijese por qué le detenía por fuerza su gente, habiéndole dado palabra de tanta seguridad, y teniendo los Reyes asentadas paces entre sus reinos, Portugal y Castilla, de lo cual el rey de Portugal recibiría enojo, pues en la tierra de los reyes de Castilla recibían los portugueses todo buen tratamiento, y conversaban y trataban seguros como en su tierra, y que los reyes de Castilla le habían dado cartas de recomendacion para todos los Príncipes y señores, y naciones del mundo, las cuales le mostraria si quisiese llegar más á la carabela, y que él era Almirante, de los dichos señores Reyes, del mar Océano y Visorey de las Indias que él venia de descubrir, que ya eran de Sus Altezas, de todo lo cual le mostraria las provisiones firmadas de sus nombres, con sus manos y selladas con sus reales sellos, las cuales le mostró desde la carabela; y que los Reyes estaban en mucha paz y amistad con el rey de Portugal, y que le habían mandado en sus instrucciones, que donde quier que hallase navios de Portugal les hiciese todo el placer, honra y buena compañía que pudiese, pero que, dado que él no le quisiese retenir su gente, no por eso dejaria de ir á Castilla, porque harta gente tenía para cumplir su navegacion, y que él y sus portugueses serian bien castigados por haberle he chotan malvada obra contra derecho de las gentes

y toda razon. Entonces, respondió el Capitan de los portugueses: "No cognoscemos acá al rey ó reina de Castilla, ni sus cartas, ni le habían miedo, antes les darian á entender qué cosa era Portugal;" casi amenazando.

Desto tuvo el Almirante gran sentimiento sospechando si se habían rompido las paces, ó hobiese habido algun alboroto ó daños entre ambos los reinos, después del, para este descubrimiento, partido; él les respondió á estas vanas y soberbias palabras, en servicio de sus Reyes, lo que le pareció responderles. Tornó el Capitan otra vez á levantarse desde algo más lejos, y dijo al Almirante que fuese con la carabela al puerto, y que todo lo que él hacía y había hecho, el Rey su señor se lo había enviado á mandar que lo hiciese; desto hizo el Almirante á todos los de la carabela testigos. Añadió el Almirante al Capitan y á todos ellos, que les daba su fé y palabra, como quien era, que no saldria de la carabela hasta que llevase un ciento de portugueses á Castilla presos, y que en cuanto pudiese trabajase de despoblar aquella isla; y con esto se volvió el Almirante á surgir en el puerto donde estaba primero, porque el tiempo y viento era muy áspero y contrario para hacer otra cosa.

### CAPITULO LXXII.

Dirigese el Almirante á la isla de Sant Miguel.—Torna á la de Sancta María.—Exígesele que muestre poder de los Reyes de Castilla.—Recobra su gente.

Mandó aderezar el navio y linchar las pipas vacías de agua de la mar, en lugar de piedra, que apesgasen el navio, que los marineros llaman lastre, porque es muy peligrosa cosa no estar la nao apesgada de lastre, porque á cada paso se puede y está en peligro de se trastornar; y desayudábalo mucho estar en muy mal puerto, donde temió mucho que se le cortasen las amarras ó cables, que són las maromas con que están atadas las anclas, y en fin así se le cortaron, y, constreñido desta necesidad, dió la vela, miércoles, á 20 de Febrero, la vuelta de la isla de Sant Miguel, para buscar algun puerto donde se pudiese algo mejor reparar del viento y mar que hacía, puesto que en todas aquellas islas de los Azores no lo hay bueno, y el mayor remedio que



hay es huir de la tierra á la mar, malo ó bueno que sea el navío, si no es tan malo que hayan por fuerza de sabordar en tierra, que es dar con el navío en tierra para salvarse el que pudiere. Y esto es muy peligroso para donde hay peñas, y, ya que no las haya, no suele escapar el que no sabe nadar, porque, si el navío es grande, no puede llegarse á tierra menos de un estado, y dos, y tres, y poco menos, comunmente; así que anduvo todo aquel miércoles, todo el día hasta la noche, con gran viento y gran mar, y ni pudo ver la tierra de donde había salido ni la otra de Sant Miguel que iba á buscar, que está de la isla de Sancta María obra de 12 leguas, por la gran niebla y cerrazón que había, que causaba la espesura del terrible viento. Iba el Almirante, según él aquí dice, con harta poco placer, porque no tenía sino tres marineros que supiesen de la mar, como quedaban todos los demás en la dicha isla de Sancta María, y los que allí demas traían eran gente de tierra; está toda aquella noche á la corda, que es, las velas tendidas pero vuelven de tal manera el navío, como de esquina, al viento, que no puede andar, y en esto trabaja mucho el navío, y la gente padece mucho trabajo, en especial la gente de tierra no acostumbrada á andar por la mar. Padeció esta noche gran tormenta y peligro, por las dichas causas de mar y viento, y andar á la corda; dice que en esto le hizo Nuestro Señor mucha merced, que la mar ó las olas della venían por sola una parte, porque si cruzaran de una parte y otra, como las pasadas, muy mayor peligro y daño padeciera.

Después del sol salido, otro día, jueves, visto que no parecía la isla de Sant Miguel, acordó tornarse á la de Sancta María, por ver si podía cobrar su gente y la barca, y las anclas y amarras que allí había dejado y se le habían rompido, y, cierto, él andaba á muy gran riesgo faltándole la barca y las anclas, porque faltar la barca es gran peligro para tomar agua y otras cosas de tierra, y no pueden hacer, aun en la mar, alguna cosa sin ella, y para escaparse en ella cuando el navío se pierde; y sin las anclas no pueden llegarse á tierra ni tomar puerto, por ocasion de lo cual, se les ofrecen multitud y diversidad de peligros, muy propincuos á perecer. Maravillase el Almirante de ver tan grandes y tan frecuentes tormentas y malos tiempos por aquellas islas y partes de los Azores, mayormente habiendo gozado todo aquel invierno, en

las Indias, de tan suaves aires y tiempos, y siempre sin surgir ó echar anclas, sino de cuando en cuando, y una sola hora no vido la mar que no pudiesen andar por ella en una artera; lo mismo le acaeció cuando iba á descubrir, hasta las islas de Canaria, que tuvo gran trabajo de mar y vientos, pero, después de pasadas, siempre tuvo la mar y los vientos de maravillosa suavidad y templanza. Miró que, como arriba se dijo en el capítulo 37, lo que temían los marineros era, que no habían de hallar vientos para volverse, según la suavidad y blandura y continuacion, siempre para el Poniente, de las brisas; y al cabo concluye aquí el Almirante, que bien dijeron los sacros teólogos y los sábios filósofos, que el paraíso terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperatísimo, así que, a estas tierras que él había descubierto, dice él, es el fin del Oriente.

Surgió, pues, en la isla de Sancta María, en el puerto de antes, el mismo jueves, y vino luego á la costa de la mar un hombre y comenzó á capear, desde unas peñas, diciendo que no se fuesen de allí, y desde á poco vino la barca con cinco marineros, y dos clérigos, y un escribano, los cuales pidieron seguro. Dado por el Almirante, subieron á la carabela, y, porque era noche, durmieron allí, á los cuales el Almirante hizo la honra y buen acogimiento que pudo; á la mañana, le requirieron que les mostrase poder de los reyes de Castilla, para que á ellos constase, como, con poder Real, habían hecho aquel viaje. Sintió el Almirante hacer aquello para dar color y excusarse de la vileza que le habían hecho, como que tuvieron causa y razon para hacerlo, puesto que ellos no pretendían sino haber al Almirante á las manos, porque así se lo debía de haber mandado su rey de Portugal, pues vinieron con la barca armada, sino que cognoscieron que no les fuera bien dello porque el Almirante estuvo bien sobre aviso. Finalmente, por cobrar su gente y la barca, hobo de disimular y sufrir á mostrarles la carta general del Rey y de la Reina, que llevaba para todos los Príncipes y señores, de recomendacion donde quiera que llegase, y otras provisiones reales, y dióles de lo que tenía y fuérase á tierra contentos; luego libertaron toda la gente y la enviaron con la barca á la carabela, de los cuales supo el Almirante que dieran mucho por prenderle, y, si lo prendieran, nunca, por ventura, se viera en libertad; y esto, dijo el Capitan de aquella

isla, que así se lo había mandado el rey de Portugal, su señor. Comenzó á bonanzar la tormenta del tiempo, alzó las anclas y fué á rodear la isla para buscar algun abrigo y surgidero para tomar leña y piedra para lastrar y apesgar la carebela, y no pudo tomar surgidero hasta hora de completas, sábado, y, surgido, porque la mar era muy alterada y brava, no pudo llegar la barca á tierra.

## CAPITULO LXXIII.

\* Continúa su viaje el Almirante.—Tormentas que experimentó.—Desembarca en Portugal.

Domingo, 24 de Febrero, al rendir de la primera vela ó guardia, que es cerca de la media noche, comenzó á ventear gúeste y Sudneste, vecinos y mensajeros de Sur, el cual es mucho peligroso en aquellas islas, si le esperan los navíos las anclas echadas, por esto mandó levantarlas y tender las velas; y, cognoscendo que le hacía tiempo, acordó de poner la proa en el camino de Castilla, y dejando de se proveer de leña y de piedra por ahorrar tiempo, y así mandó gobernar á la vía del leste. Anduvo esta noche, hasta salido el sol, lunes, que serían seis horas y media, 7 millas por hora, que fueron 45 millas y media, y hasta la noche á 6 millas por hora, que montaron 28 leguas. Lunes, con la noche pasada, navegó 32 leguas, con la mar llana, por lo cual daba gracias á Dios. Viólos á la carabela una ave muy grande que juzgó el Almirante parecer águila. El martes, con la noche pasada, que comenzó después del sol puesto, navegó á su camino al leste, la mar llana, de que daba muchas gracias á Dios; anduvo 33 leguas, con algunos aguaceros, algo volviendo al desnordeste, dos vientos menos, que se llama la media partida por los marineros. El miércoles y jueves, 27 y 28 de Febrero, anduvo fuera del camino á una parte y á otra por los vientos que le ocurrieron contrarios; comenzó á tener gran mar y mucho trabajo, y apropiándosele más cuanto más se acercaba á Castilla. Hallábase del cabo de Sant Vicente 125 leguas, y 80 de la isla de la Madeira, y 106 de la de Sancta María, de donde había partido. Viernes, 1º de Marzo, con la noche pasada, anduvo al leste, cuarta del Nordeste, que casi era su vía, 35 leguas. El sábado, con la noche pasada, corrió 48 leguas, porque se comenzaba la

mar y el viento á arreciar. Sábado, en la noche, vino una grande y súbita turbada, ó golpe de tempestad, que le rompió todas las velas, por lo cual se vido él y todos en grande peligro de perderse, mas Dios los quiso librar, como dice en su navegacion.

Echó suertes para enviar un romero á Sancta María de la Cinta, que es una casa devota con quien los marineros tienen devoción, que está en la villa de Huelva, y cayó la suerte sobre el Almirante, como solía. No parece sino que andaba Dios tras él, dándole á entender que por él hacía todas aquellas tormentas, para humillarle y que no tuviese presuncion de sí mismo, ni atribuyese algo de todo lo que había descubierto, y gran hazaña, que mediante Dios, hecho había, sino que todo lo refiriese á aquel grande y poderoso Dios, que lo había escogido por ministro ó instrumento para obra, tan nunca otra tan grande y señalada, ni vista ni oída, que hombre temporalmente hiciese, mostrando al mundo otro mundo, para que el mundo también, estimando ser sólo, no se desvaneciese. Y es cierto que cada vez que estas cosas me paro á pensar, que es con mucha frecuencia, yo no me acabo ni hartó de admirar, así como ni de, á su egregia y singularísima obra, atribuir encarecimiento; tampoco de considerar los inmensos é intolerables trabajos, y diversa multitud frequentísima de angustias y aflicciones que, desde que comenzó á intentar este descubrimiento, á este varon se ofrecieron y siempre padeció hasta que los dejó con la vida.

Tornando al cuento de su camino, esta noche, domingo, creció tanto la deshecha y espantosa tormenta de mar y de viento, que tuvo por casi cierto que ni él, ni hombre de los que con él iban, escapara para llevar las nuevas. Venían las mareas altísimas de dos partes, y los vientos con tan terrible ímpetu y vehemencia, que parecía que levantaban la carebela sobre los aires. Afligian también la mucha agua que del cielo caía, y los temerosísimos truenos y relámpagos, pero, como dice, plugo á Nuestro Señor de lo sostener. Anduvo con estos peligros y temores de cada hora se perder, á árbol seco sin velas, donde la mar y el viento los echaban, hasta la media noche, que Dios los consoló con ver los marineros, que aunque de noche y oscura grande, vieron tierra; entonces, por huir della, que es gran peligro de noche estar cerca de tierra, mandó dar el papabigo, que es un poco de vela, por desviarse y andar algo,



aunque con grande peligro y espanto, hasta que amaneciese y reconociese la tierra y entrasen en algun puerto donde salvarse pudiesen.

Lunes, de mañana, en amaneciendo, que se contaron 4 dias de Marzo, reconocieron la tierra, que era la roca de Sintra, que es junto con la boca del rio y puerto de Lisboa, donde, forzado por huir de tanto peligro y tormenta como siempre hacia, determinó de entrar en el puerto, porque aun no pudo parar en la villa de Cascaes, que está en la entrada y boca del rio Tajo. Entrados un poco dentro, echó las anclas, dando todos infinitas gracias á Dios que los habia escapado de tan grande y tan cierto peligro. Venian los de aquel pueblo á congratularse con ellos, y daban loores al Señor que los habia librado, teniendo por maravilla haberse escapado; y dijéronles, que desde los vieron en el peligro que venian toda aquella mañana, hicieron plegarias y suplicas, á Dios, por ellos. A hora de tertia vino á pasar á rastelo dentro del rio de Lisboa, donde supo, de la gente de la mar, que jamás habian visto invierno de tan recias y desafordadas tormentas, y que se habian perdido en Flandes 25 naos, y otras estaban allí que salir no habian podido; luego escribió al rey de Portugal que estaba en el valle del Paraíso, nueve leguas de Lisboa, cómo los reyes de Castilla, sus señores, le habian mandado que no dejase de entrar en los puertos de Su Alteza á pedir lo que hoviese menester, por sus dineros, y que le suplicaba le mandase dar licencia para ir con la carabela á la ciudad de Lisboa, porque algunos hombres de mal vivir, pensando que traia mucho oro, estando en puerto despoblado, no se atreviesen á hacerle alguna fuerza y agravio, y tambien porque supiese que no venia de Guinea, que el Rey celaba mucho, sino de las Indias.

Estaba á la sazón allí en el rastelo, surta una nao muy grande del Rey de Portugal, admirablemente artillada y poderosa; el patron della, que se llamaba Bartolomé Diaz, de Lisboa, vino con su batel, muy armado, á la carabela del Almirante, el cual le dijo que entrase en aquel batel para ir á dar cuenta á los hacedores del Rey y el Capitán de la dicha nao; el Almirante respondió que él era Almirante de los reyes de Castilla, y que no tenia que dar cuenta á persona alguna otra, ni saldria de las naos ó navíos donde estuviese, si no fuese por fuerza que le hiciesen, no pudiendo resis-

tirla; el patron respondió que enviase al Maestre de la carabela. Dijo el Almirante, que ni al Maestre inviaria ni á otra persona, si no le quisiesen hacer fuerza, á la cual, él, por entónces, no podia resistir, porque en tanto estimaba el dar persona como ir él, y que esta era la costumbre de los Almirantes de los reyes de Castilla, de antes morir que se dar á sí ni á gente suya; el patron se moderó y díjole, que pues estaba en aquella determinacion, que hiciese lo que le plugiese, pero que le rogaba que tuviese por bien de mostrarle las cartas de los reyes de Castilla, si las tenia. Al Almirante plugo de se las mostrar, y luego se volvió á su nao y hizo relacion al Capitán, que se llamaba Alvaro Daman, el cual, con mucha orden, con atabales, y trompetas, y añafles, haciendo gran fiesta y regocijo, vino á la carabela del Almirante y habló con él y ofrecióle hacer todo lo que mandase.

Publicado en Lisboa que el Almirante habia descubierto y venia de las Indias, vino tanta gente á verlos y á ver los indios, que fué cosa de admiracion, y las maravillas que todos hacian, dando gracias á Nuestro Señor, diciendo que, por la gran fé que los reyes de Castilla tenían y deseo de servirle, la Divina Majestad les concedia tan señaladas mercedes. Miércoles y juéves siguientes, creció más la gente que vino de la ciudad, y entre ella, muchos caballeros y los hacedores del Rey. Todos se admiraban y no sabian con que palabras engrandecer las obras de Dios, porque cognoscian ser gran bien y honra, y acrecentamiento de la cristiandad; los cuales, todos, atribuian tomar Dios por medio destes bienes á los reyes de Castilla, porque Sus Altezas ocupaban y ejercitaban sus personas con grandes trabajos para dilatar y sublimar la cristiana religion. El viénes, recibió el Almirante una carta del rey de Portugal, con un caballero que se llamaba D. Martín

de Noroña, por la cual le rogaba que se llegase á donde él estaba, pues el tiempo no hacia para irse con la carabela; lo cual el Almirante no quisiera hacer, pero, por mostrar confianza y evitar sospecha, hóbolo de admitir. Aquella noche, fué á dormir á Sacamben, donde le hicieron grande honra y acogimiento y le recrearon muy bien, por mandado del Rey, que tenia proveido que á él y á su gente, y á la carabela, proveyesen sus hacedores y oficiales de todo lo que hoviesen menester, graciosamente, sin llevarles dineros algunos, y que se hiciese todo lo que el Almirante quisiese, copiosamente. Partió el sábado de Sacamben, y llegó, aunque con agua del cielo, ya de noche, á donde estaba el Rey.

Mandó el Rey salir á recibirle los principales caballeros de su casa, y recibieronlo y acompañaronlo, muy honradamente, hasta el Palacio real; llegado al Rey, recibióle con señalado honor y favor, y mandóle luego asentar, dándole grandes muestras de alegría y congratulacion, para que sintiese que se gozaba mucho de le haber dado Dios tan buen suceso y fin en su viaje, y ofreciéndole que mandaria en su reino se hiciese con él todo aquello que á él conviniere y al servicio de los reyes de Castilla.

Entre las ofertas que hacia el Rey y alegría que mostraba por haber salido con tan buen fin el viaje, díjole que le parecia, según las capitulaciones que habia entre los reyes de Castilla y él, que aquella conquista pertenecia ántes á Portugal, que no á Castilla; respondió el Almirante, que no habia visto las capitulaciones tratadas entre los Reyes, sus señores, y Su Alteza, ni sabia otra cosa, sino que los Reyes le habian mandado que no fuese á la Mina, ni en toda Guinea, y que así se habia mandado apregonar en todos los puertos del Andalucía, ántes que para ir el viaje partiese. El Rey graciosamente respondió, que tenia el por cierto que no habia en esto menester terceros; pero, cierto, si fueran menester, como despues parecerá, y el Rey hablaba con cautela y cumplimientos, y debíale estar, dentro el corazón rabiando por haber perdido tal empresa, como estuvo en su mano, y entónces debia imaginar de estorbar cuanto pudiese, y que se cegase el camino por el Almirante descubierto, para que Castilla no quedase con las Indias; y no sé si le hobera sido á Castilla mejor, como por el discurso desta historia se verá. Dióle por huésped al Prior de Orato, que era la principal persona que

allí estaba, del cual el Almirante recibió muy señalado tratamiento y muchas honras y favores.

Otro dia, domingo, despues de misa, tornó á decir el Rey si habia menester algo, que luego se cumpliria, y mandólesentar, y habló mucho con el Almirante, preguntándole y oyéndole muchas particularidades de las tierras, de las gentes, del oro y de perlas, piedras y de otras cosas preciosas, de los rumbos y caminos que habia llevado, y de los que á la vuelta habia traído, y lo demas de su viaje; siempre con rostro alegre, disimulando la pena que tenia en su corazón, y dándole en sus palabras mucho favor. No dice aquí el Almirante, en su libro desta primera su navegacion, que llevase consigo algunos indios para que los viese el Rey; lo cual cierto parece cosa semejante de verdad, que consigo llevase algunos indios, pues el Rey estaba tan cerca y la cosa era tan nueva y admirable y que á todo el mundo admiró, y venian los de toda la comarca por ver los indios, gente desnuda, nunca otra semejante imaginada poder ser en todo el orbe. Tampoco cuenta el Almirante palabras que el Rey dijo, y cosa que hizo contra él harto señalada, pero como, en el tiempo cuando era reciente aquesta historia deste descubrimiento y vuelta por Portugal, y vista del Almirante con el Rey de aquel reino, se platicaba, entre los que entónces vacabamos en esta isla Española á curiosidad, haber acaecido, esto que agora diré, tenemos por cierto, el rey de Portugal haber dicho y hecho. Mandó, pues, el Rey, estando hablando con el Almirante, disimuladamente traer una escudilla de habas y ponerla en una mesa que tenia cabe sí, é por señas mandó á un indio de aquellos, que con aquellas habas pintase ó señalase aquellas tantas islas de la mar de su tierra, quel Almirante decia haber descubierto; el indio, muy desenvueltamente y presto, señaló esta isla Española y la isla de Cuba, y las islas de los lucayos, y otras cuya noticia tenia. Notando el Rey con morosa consideracion lo que el indio habia señalado, quasi como con descuido deshace con las manos lo que el indio habia significado.

Desde á un rato, mandó á otro indio que señalase y figurase con aquellas habas, él, las tierras que sabia que habia por aquella mar, de donde Cristóbal Colon los traia; el indio, con diligencia, y como quien en pronto lo tenia, figuró con las habas lo que



el otro había figurado, y, por ventura, añadió muchas más islas y tierras, dando como razon de todo en su lengua, (puesto que nadie lo entendía,) lo que había pintado y significado. Entonces, el Rey, conociendo claramente la grandeza de las tierras descubiertas, y las riquezas que en ellas había ya imaginaba, no pudiendo encubrir el dolor grande que dentro de sí tenía y fuera disimulaba, por la pérdida de cosas tan inestimables, que, por su culpa, se le habían salido de las manos, con gran voz e ímpetu de ira contra sí, dase una puñada en los pechos diciendo: "Oh! hombre de mal conocimiento, y ¡por qué dejaste de la mano empresa de tan grande importancia?" estas ó otras semejantes palabras. Esto que digo así, lo cogí en aquellos primeros ó segundos tiempos de lo que se platicaba; si es verdad, de notar es que fué la causa porque el Almirante lo calla, pero podrá responder, que no lo puso en su itinerario ó primera navegacion, porque era cosa notable más para referirla, á solas, á los reyes de Castilla, por tocar al rey de Portugal, que publicarla sin diferencia á todas personas particulares, y así parece harto claro que Nuestro Señor quiso punir al rey de Portugal el desabrimiento y burla que había hecho al Almirante, que arriba en el capítulo 27 fué contada, llevándolo á la cara el próspero suceso de lo que había menospreciado, y al dicho Almirante, quiso dar este favor y consuelo, entre otros, en pago del afrenta y fatiga que del dicho señor Rey había recibido, volviéndole á sus mismos ojos, con festigos tan ciertos y parentes de la grande prosperidad de su primer viaje, que el Rey había, por ventura, con menosprecio desechado. (1)

Lo que la historia portuguesa que escribió García de Resende, de la vida y hechos deste Rey, D. Juan II de Portugal, el cual historiador estaba allí en aquel tiempo, dice, que el Almirante llegó ó entró en el restello, que es junto, creo que, á la ciudad, á 6 de Marzo, parece conformar, porque á 4 dice el Almirante que llegó á la boca del río, y que así como lo supo el Rey que venía el Almirante de aqueste descubrimiento y las muestras de las gentes, y oro, y otras cosas que de acá llevaba, hizo llamar al Almirante, de lo cual mostró el Rey mucho enojo y sentimiento, por creer

(1) Desde aquí hasta "la cual abajo se dirá," está al margen del original de letra de la época, pero no de Las Casas.

que aquellas tierras eran dentro de los mares y términos de sus señoríos de Guinea, y cuando el Almirante le contaba, engrandeciéndole su descubrimiento y riquezas de oro y plata, destas tierras, mucho mayor de lo que era, lo que no creían los portugueses, y porque en la relacion que hacia acusaba al rey de Portugal haber perdido tan grande empresa por no le haber creído, por lo cual el Rey recibía mayor dolor y pena, atribuyéndole á atrevimiento y arrogancia los que estaban presentes, dice el historiador que requirieron y pidieron licencia al Rey para que, sin que nadie lo sintiese, se asirían con el Almirante en palabras, y, según era soberbio y atrevido, y, según dice, descortés, lo matarían, y así cesaría la noticia deste descubrimiento para Castilla; pero que como el Rey era muy temeroso de Dios, no solamente le defendió, más aún le hizo honra y mercedes, y con ellas le despidió. Estas son palabras del historiador portugués susodicho, en la Historia del rey D. Juan el II de Portugal, en el capítulo 164, y harto mejor lo miró el Rey que no los que le aconsejaban ó pedían licencia para matar al..... (1), una armada grande para enviar á estas partes, de la cual, abajo se dirá.

El lunes, finalmente, 11 de Marzo, se despidió del Rey e díjole ciertas cosas que el Almirante dijese á los Reyes, de su parte, mostrándole siempre mucho amor, forzándose á disimular su trabajo; partiéndose después de comer, y envió con él el Rey al dicho D. Martín de Noroña, y todos aquellos caballeros salieron con él de palacio y le acompañaron un buen rato. El Rey le mandó dar una mula, y otra á su piloto, que llevaba consigo, y más al piloto mandó hacer merced de 20 espadinos, que eran obra de 20 ducados; de allí vino á un monasterio de Sant Antonio, que está sobre un lugar que se llama Villa-Franca donde estaba la Reina, y fuéle á hacer reverencia y besarle las manos, porque le había enviado á decir que no se fuese hasta que la viese; besóle las manos, y recibióle con grande humanidad, haciéndole mucha honra y favor. Dada alguna relacion de su viaje y de las tierras y gentes que dejaba descubiertas, se partió della de noche y fué á dormir á Allandra. Estando para partir de Allandra para la carabela, martes, 12 de Marzo, llegó un escudero, criado del Rey, que le ofreció, de su parte, que si quería

(1) Faltan aquí uno ó dos renglones, cortados al encuadernar el libro.

ir por tierra á Castilla, que aquel fuese con él para lo aposentar y proveer de bestias y todo lo que hobiese menester. Todos estos comedimientos, dice el Almirante, que se decía que lo hacia el Rey porque los reyes de Castilla lo supiesen. Llegó á la carabela de noche.

### CAPITULO LXXV.

\* Dase á la vela el Almirante camino de Sevilla. —Desembarca en España.

Luego, otro día, miércoles, 13 de Marzo, á las ocho horas, hizo levantar las anclas, y, con la marea, dió la vela camino de Sevilla. El jueves siguiente, ántes del sol salido, se halló sobre el cabo de Sant Vicente. Otro día, viernes, que se contaron 15 de Marzo, al salir del sol, se halló sobre Saltes, y á hora de medio día, con la marea, entró por la barra de Saltes hasta dentro del puerto, de donde había partido, viernes también, á 3 de Agosto del año pasado de 1492; por manera, que tardó en el viaje y descubrimiento de las Indias seis meses y medio, que, por días contados, fueron 225 días, no uno más ni uno menos; y así, dice y concluye el Almirante, que acababa agora la escriptura de su navegacion y naval itinerario, salvo, dice él, que estaba de propósito de ir á Barcelona, por la mar, donde tenía nuevas que Sus Altezas estaban, para les hacer relacion de todo su viaje, que Nuestro Señor le había dejado hacer y le quiso alumbrar en él, porque ciertamente, allende que él sabía, y tenía, firme y fuerte y sin escrupulo, que su alta Magestad hace todas las cosas buenas, y que todo es bueno, salvo el pecado, y que no se puede hablar ni pensar cosa que no sea con su consentimiento, está deste viaje, "conozco, dice él, que milagrosamente lo ha mostrado, así como se puede comprender por esta escriptura, por muchos milagros señalados que ha mostrado en el viaje, y de mí, que há tanto tiempo que estoy en la corte de Vuestras Altezas con oposición y contra sentencia de tantas personas principales de vuestra casa, los cuales todos eran contra mí, poniendo este hecho que era burla; el cual, espero en Nuestro Señor, que será la mayor honra de la cristiandad, que así ligeramente haya jamás aparecido."

Estas son finales y formales palabras de

Cristóbal Colon, varon dignísimo y egregio, de su primer viaje, que hallé escritas en el libro que hizo para los Reyes de su primera navegacion de las Indias y descubrimiento dellas. Tuvo, cierto, razon y habló como prudentísimo y cuasi profeta, puesto que los animales hombres no han sentido los bienes, que Dios á España ofrecia, espirituales y temporales, porque no fueron dignos, por su ambición y codicia, ni de los unos ni de los otros. Fué recibido en Palos con grande procesion y regocijo de toda la villa, dando todos inmensas gracias á Dios porque, hazafia tan señalada y obra tan egregia, había concluido con la gente de aquella villa. Martín Alonso Pinzon fué á parar con la otra su carabela á Bayona de Galicia; bien es de creer que padeció los terribles golpes de las tormentas que el Almirante padecido había, y que escaparse como él fué prodigiosa dicha, y, porque en breves días murió, no me ocurrió más que dél pudiese decir.

### CAPITULO LXXVI.

\* Reflexiones sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Para encarecer y declarar dos cosas, he deseado muchas veces, meditando en esta materia, tener nueva gracia y ayuda de Dios, y la pluma de Tulio Ciceron con su elocuencia; la una es el servicio inefable que hizo Dios y bienes tan universales á todo el mundo, señaladamente á la cristiandad, y, entre todos, más singularmente á los castellanos, si cognosciéramos los dones de Dios, con sus peligros y trabajos, industria y pericia y animosidad de que abundó en el descubrimiento de este orbe Cristóbal Colon. La otra, es la estima y precio en que la serenísima reina Doña Isabel, digna de inmortal memoria, tuvo este descubrimiento de tantas y tan simples, pacíficas, humildísimas y, dispuestas para todo bien, humanas naciones, por los incomparables tesoros é incorruptibles espirituales riquezas, para gloria del Todopoderoso Dios y encumbramiento de su santa fe cristiana, y dilatacion de su universal Iglesia, con tan copioso fruto y aprovechamiento de las ánimas que en sus días, si fueran largos, y después dellos creyó de cierto, y esperó, como cristianísima, habían de suceder. Pluguiése á Dios que todos los católicos Reyes, sus sucesores, ten-